

NUESTROS PROPÓSITOS

El cincuentenario de la Universidad de Costa Rica es un acontecimiento de máxima trascendencia para el país. La relativamente breve historia de nuestra institución ha demostrado que se encuentra vinculada estrechamente a los destinos de la patria costarricense. Suele hablarse, quizá si con demasiada frecuencia, de las singularidades que tipifican a Costa Rica, no sólo en Centroamérica, sino que a lo largo y a lo ancho del Continente Americano. Es posible que la solidez de su democracia, la estabilidad política y la vastedad e importancia de su sistema educativo sean los elementos relevantes que la caracterizan.

El reconocimiento de esta circunstancia, por parte de la sociedad costarricense, resulta fundamental. Esta toma de conciencia no implica simplemente una forma de verificación histórica. Representa una valoración imprescindible para garantizar el perfeccionamiento del sistema y su permanencia futura.

El último decenio de este milenio significa la culminación del proceso de crisis que ha tipificado a la centuria. En el plano político, las dos grandes concepciones en que se divide el mundo se enfrentan a una realidad implacable que las obliga a hacer rectificaciones fundamentales, a riesgo de perder vigencia absoluta. No tiene otro camino que el de la concertación, el del entendimiento.

La ubicación geopolítica de Costa Rica, la hace pertenecer, en términos de dependencia político económica, al ámbito de la mayor potencia mundial que, paradójicamente, vive la más grave crisis económica de su historia. Nuestro país, dada su condición de subdesarrollado, no es una excepción en materia de endeudamiento externo. Este hecho acentúa su dependencia, e impide que se rija por pautas propias en materia de las posibilidades del desarrollo.

Por disposición de la banca internacional, toda la atención aparece puesta en los intentos, fallidos de antemano, de saldar una deuda externa, a todas luces impagable. La llamada reforma del Estado, los ajustes estructurales, la reconversión industrial y demás, a pesar de todo lo que se dice, no significa el progreso, ni el desarrollo de nuestro país, ni de cualquier otro. En la época en que debe surgir la forma de humanismo que palie los efectos negativos de la Revolución Científica y Tecnológica, se saca del sarcófago de la historia al viejo liberalismo económico; se le remoja un tanto exteriormente y se le transforma en la panacea para aparentar que resuelve los grandes problemas materiales de la sociedad contemporánea. El tan mentado "arreglo la economía" se transforma en la única ley y en el único dios. Se olvida absolutamente la función social de la propiedad privada y se reniega de los deberes del Estado para con los conciudadanos.

En este tráfago, la universidad pública aparece como una víctima más. Se utiliza el arma de la restricción presupuestaria para desviar, en lo sustantivo, su orientación humanizante y liberadora. No se piensa que deben incorporarse a ella los mejores de nuestros hijos, como lo indica la tradición de nuestra Universidad, sino solamente aquéllos que dispongan de los medios pecuniarios para ello. El planteamiento de que la academia debe autofinanciarse en altas proporciones con el pago de los derechos de matrícula, atenta en contra de los aspectos sustantivos de la labor de la universidad.

Si la influencia del "Alma Mater" ha sido fundamental durante medio siglo, para el destino y los valores de Costa Rica, debe subrayarse que esta situación histórica se encuentra en peligro. Pero no sólo se atenta en contra de una institución, la más importante del país, es que, en el fondo, se pretende disminuir o anular su carácter de "conciencia lúcida", de preclara defensora de los más auténticos intereses de la nación.

La Universidad debe estrechar filas en contra de estas fuerzas oscurantistas que tratan de desvirtuar su esencia, su destino; pero, al mismo tiempo tiene que transformarse a sí misma en relación con su estructura, para el cabal cumplimiento de sus funciones. La Revolución Científica y Tecnológica exige una universidad eficiente y moderna, democrática y participativa, respetuosa del pasado pero activa propulsora de un porvenir ligado a los destinos de la nación.

Costa Rica, como el resto de América Latina, no tiene otra opción que recurrir a sus propias fuerzas, que desarrollar la probada capacidad creativa endógena, para encontrar los caminos que la hagan salir del atraso. La Universidad tiene, en este aspecto, un papel preponderante que cumplir.

Problemas de este tipo son los que, en este número de la Revista Estudios de la Cátedra de Historia de la Cultura, plantean algunos profesores de nuestra Universidad. Su mensaje tiene la importancia de señalar algunas metas y procedimientos para enfrentar la difícil realidad que vive la Universidad, el País y el Continente.

Hay dos formas de celebrar el cincuentenario. Una se reduce a mirar hacia atrás, a disfrutar de las glorias que

posibilitaron nuestra presente existencia. Otra, propicia mirar hacia el porvenir; es una mirada obligadamente crítica y severa, pero llena de fe, fuerza y esperanza. Tal carácter tiene esta contribución nuestra a la referida conmemoración.

Así, para Isaac Felipe Azofeifa educador y poeta insigne, los evidentes peligros de la Revolución Científica y Tecnológica: la robotización, la automatización humanas, hacen vislumbrar la solución única: el surgir de un nuevo humanismo y de una nueva educación que sirvan de base al hombre del mañana.

Para Rodrigo Carazo Odio, desde su alto solio de expresidente y fundador de la Universidad de la Paz, la Universidad de base puramente libresco ha de ser reemplazada por una centrada en la educación y la investigación, vinculada al mundo desarrollado. Visualiza un centro supranacional en que la información científica beneficie a los países en su conjunto y que les permita una acción mancomunada.

Para Cristóbal Montoya Marín, desde su perspectiva de miembro del Consejo Universitario, han de producirse cambios sustantivos en la Universidad de Costa Rica. El centralismo y la excesiva concentración de poder han de dar paso a una institución más democrática, más dialógica; en que la interrelación derive en la interdisciplinariedad que la Revolución Científica y Tecnológica exige. Para ello, se necesita de voluntades más proclives al cambio, sin temor a las ideas nuevas. No vacila en señalar que la Universidad precisa de toda una revolución que se encauce en un auténtico cambio de rumbos.

Para Gerardo Contreras Alvarez, la actual descoordinación existente entre las universidades públicas no tiene otra solución que el necesario surgir de un sistema nacional universitario. Lo que Carazo piensa en materia de relaciones internacionales universitarias, Contreras lo sitúa en el seno de la realidad nacional y lo plantea como el medio para integrar a las casas de Estudios Superiores.

Para Raúl Torres Martínez, la Microelectrónica, la Biotecnología, los nuevos energéticos y materiales, por implicar revoluciones tecnológicas de carácter paradigmático, significan una desestructuración de la economía mundial. Si los países del Tercer Mundo no buscan nuevas vías endógenas de alcance regional para su desarrollo, corren el riesgo de que se aumente la brecha que los separa de los industrializados. La Universidad debe tener un papel protagónico en este aspecto.

Para Amán Rosales Rodríguez, la Revolución Científica y Tecnológica plantea una serie de problemas éticos que es urgente resolver. Los filósofos tienen, en este aspecto, una gran tarea que cumplir. Propone un modelo de racionalidad integral que valore los logros positivos y negativos de esta Revolución. Debe aclararse suficientemente la responsabilidad que en tal sentido tienen el científico y el tecnólogo.

Para Hernán Vander Laat, la Revolución Industrial no es una revolución científica, sino que, por el contrario, es una revolución técnica ya que implica la primera gran influencia histórica de la técnica sobre la ciencia. Su perspectiva de Físico le permite hacer valoraciones a partir del nacimiento de la Termodinámica.

La totalidad de los ensayos de los autores citados, constituye la primera parte de esta revista referida al cincuentenario de la Universidad de Costa Rica y la Revolución Científica y Tecnológica.

La segunda parte se centra en Centroamérica, el hombre y la crisis.

Ligia Bolaños Varela desarrolla la problemática de la identidad centroamericana a través de su literatura. Parte de esta paradójica realidad, para establecer la conveniencia de replantear el fenómeno de la identidad nacional y mesoamericana.

Luis Enrique Gamboa Umaña, profundiza en el proceso de industrialización de Guatemala. Cree que son limitantes para este fenómeno, la explotación de los sectores obreros y la inadecuada distribución de la riqueza en Guatemala.

Alvaro González Vargas, analiza las relaciones de Costa Rica y Estados Unidos entre 1842 y 1955. Concluye que este país intervino en la política interna costarricense, llevado por su incapacidad para distinguir entre nacionalismo y comunismo.

Marielos Aguilar Hernández cree que la huelga bananera de 1934, si bien es cierto no significó un triunfo directo para la clase trabajadora, marcó época en cuanto al nivel de organización que demostraron los obreros y que influyó a toda la historia del movimiento sindical de Costa Rica, en lo que respecta a descartar el espontaneísmo dar máxima importancia a los aspectos organizativos.

Sonia Amador Berrocal, finalmente, analiza los problemas relativos a la mortalidad infantil acrecentados en Costa Rica por la inmigración centroamericana.

Son, en consecuencia, dos perspectivas que, desde un punto de vista, ligan el cincuentenario de la Universidad de Costa Rica a la actual realidad del mundo en que vivimos y, desde otro, centran al hombre contemporáneo en relación con la grave crisis que aqueja a la humanidad.

Dos perspectivas, pero en el fondo, un mismo asunto relativo a las distintas maneras de enfrentar la realidad actual.

*Mayra Chavarría López
Directora-Editora*

PRIMERA PARTE

EL CINCUENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA Y LA REVOLUCION CIENTIFICA Y TECNOLOGICA